

Graciela de los Ángeles, soprano

por Ximena Sepúlveda

Sor Graciela María de los Ángeles (Graciela Arriola) fue cantante de ópera en la década de 1990, antes de hacer sus votos religiosos. Ésta es su historia.

¿Cómo despertó tu amor por el canto?

De chica yo dirigía un coro de jóvenes en mi parroquia y mi mamá, que en sus tiempos había descubierto varios talentos artísticos en mi familia (ella era a su vez pintora), al escucharme cantar me dijo que mi voz tenía una impostación natural y me preguntó por qué no iba yo al Conservatorio Nacional de Música para que me ayudaran a conservarla y aprender a cantar mejor. Lo tomé en consideración un poco superficialmente, pero cuando fui las inscripciones ya se habían cerrado.

Seguí con mis estudios de laboratorista clínico y ya trabajaba en hospitales. Al año siguiente me inscribí en la carrera de Cantante de Ópera y Concertista, sin conocer qué era la ópera lírica, y pensando en hacerlo como un *hobby*. Fue en el Conservatorio que me encantó al oír cantar a mis compañeras y así, poco a poco me fui involucrando más y más en ella. Mi maestro fue Enrique Jaso, quien siempre creyó en mí y me dio gran parte del repertorio que su madre, Mercedes Mendoza, cantaba como soprano coloratura.

¿Tu familia estuvo de acuerdo con tu actuación en las tablas? ¿Te apoyaron o tuviste que luchar por ello?

Después de que mi mamá me descubriera la voz, me apoyó mucho y el problema fue que, al empezar a cantar y encontrar un éxito que nadie —ni siquiera yo— se esperaba, mi madre cambió su actitud conmigo: fue muy exigente y nunca me aduló.

En el fondo, tenía miedo de que fuera a caer en la vanagloria, en la superficialidad de una joven que de la noche a la mañana se perdiera en la vanidad del mundo y de lo que el ambiente artístico le ofreciera, o sea todo lo contrario a los valores cristianos que me había dado. Ella rezaba siempre por mí, aunque yo no lo supiera, para que Dios me protegiera, me salvara y me acompañara en la vida y mi carrera.

¿Qué nos puedes contar sobre tu carrera operística?

Muchísimas cosas bellas. Me gustaba cantar y tuve grandes satisfacciones en el palco escénico de los teatros donde actué. Desde la primera premiación en el Concurso Nacional Carlo Morelli, a mi debut en Bellas Artes en 1991 con el rol principal de *Lucia di Lammermoor*, que me llevó a recibir varios premios de la crítica mexicana. Así inicié una carrera veloz y muy exitosa, sin ni siquiera haberla soñado. Tuve la oportunidad de realizar varios conciertos sinfónicos y una infinidad de conciertos líricos.



Sor Graciela de los Ángeles, hoy

Mis óperas escénicas fueron pocas: *Lucia*, Musetta en *La bohème*, Adina en *El elixir de amor*, las dos con Ramón Vargas, y hasta Clorinda en *La Cenicienta* de Rossini. Mi carrera fue muy rápida: de la noche a la mañana recibí un éxito inesperado y, como dije anteriormente, viví cosas lindas y conocí personas maravillosas que me apoyaron siempre y me respetaron. Delante de mí se abrió un mundo nuevo, lleno de perspectivas brillantes hacia el futuro y una carrera internacional, confirmado por maestros de grandes niveles.

Fue así que un día decidí dejar México e irme a Austria, para completar mis estudios en el Mozarteum de Salzburgo, y llegar a competir internacionalmente. Sin embargo, mientras más hacía yo por mi carrera y buscaba más éxito, aumentaba en mí un vacío... una sed de algo más grande.

Fue exactamente en mi debut de *Lucia* cuando experimenté la necesidad de llegar a tener algo más que minutos infinitos de aplausos de un público que en pie llenaba Bellas Artes. Parecía que algo dentro de mí me decía: “Ve más allá de lo que oyes, de lo que ves”. No era posible que a los 24 años ya hubiera hecho todo en la vida. Los aplausos no lo eran todo. Así inicié la búsqueda de algo que no yo sabía que era, ni en dónde buscarlo.

¿Alguna vez estuviste enamorada?

¡Claro que estuve enamorada! Soy una mujer igual a las demás:

*“Dios me
permitió
continuar
cantando,
pero ahora
para
Su Gloria
y no
la mía (...)

Una
religiosa
canta
sobre todo
Oratorio”*



Concierto de duetos
en la Basílica de Santa María
de los Ángeles en Asís en 2005,
con la soprano
Roberta Frameglia

tuve mis novios y un gran deseo de casarme y tener hijos. Viví una vida afectiva normal con anhelos de responsabilidad y maternidad; los mismos que ahora como religiosa vivo pero en una dimensión diferente. Yo deseaba enamorarme de un alma bella, que me amara con un gran amor eterno, que fuera capaz de dar hasta la vida por mí. ¡Por menos no me hubiera casado nunca! Porque nuestra vocación, la de todas las personas, es amar y generar amor. Pero nunca encontré a la persona que llenara mis anhelos, y mira que busqué mucho: mi corazón estaba hecho para otro tipo de amor: el consagrado, que no es de nadie, que no pertenece a un hombre para poder ser de todos, para dar la vida por toda la humanidad. Espero haberme explicado bien.

¿Sentiste el llamado de Dios a temprana edad, o te cayó como un rayo fulminante?

Fue en los vacíos que, a pesar de que tenía “todo”, no me llenaba, pues no era una mujer feliz ni realizada, aunque externamente no me faltaba nada y nadie se había dado cuenta de esto. Mi madre me decía que yo había realizado en mi vida todos los sueños de las chicas de mi edad, y era cierto externamente, para el mundo y según el mundo, pero la verdad es que tenía todo y no tenía nada.

Continué mis estudios en el Mozarteum de Salzburgo y continué haciendo conciertos en Europa. Regresé muchas veces a México y llegué a cantar hasta en El Cairo y Marruecos, pero mi vacío nunca se llenó. Hasta que un día, providencialmente, llegué al pueblo de Asís en Italia, en un viaje turístico, y me encontré en los santuarios franciscanos, que son lugares de gracia. Ahí finalmente me puse de rodillas y le pedí a Dios que me ayudara pues no podía más por la tristeza y el vacío de mi corazón, y fue ahí, en la Porciúncula [una pequeña iglesia dentro de la Basílica de Santa María de los Ángeles, en Asís, donde comenzó el movimiento franciscano], en donde recibí la gracia del llamado divino y exactamente en una

experiencia vocacional donde, gracias a escuchar la Palabra de Dios se me cayeron las escamas de los ojos y empecé a entender el porqué de mis vacíos, el porqué de mi búsqueda en el canto y en el amor y la posibilidad de que el Señor me hubiese creado para algo diferente; para ser su esposa; sí, una consagrada...

De esta forma inicié un camino de discernimiento vocacional en Asís y cada vez que tenía mi entrevista con un padre franciscano, viajaba desde Austria para hablar con él y finalmente pude encontrarme a mí misma. Sí, el Señor me llamaba desde siempre y para siempre. Mi vida cambió: conocí la plenitud y la alegría que no me había dado ni siquiera el éxito más grande en Bellas Artes. Sí, mi vida cambió y dejé la carrera, aunque Dios me permitió continuar cantando, pero ahora para Su Gloria y no la mía.

Ahora me dedico al servicio de mucha gente y sobre todo de muchos jóvenes que frecuentan estos lugares santos en Asís y en el mundo. Apenas en el mes de septiembre venimos a México con un equipo para hablar y cantar a los jóvenes, que el Amor es posible, pues fue siempre mi deseo que la Gracia de los lugares santos de Asís un día llegaran a mi patria natal. Y así el sueño se volvió realidad.

¿Tuviste que realizar muchos estudios antes de hacer tus votos perpetuos? ¿A qué convento entraste?

Yo pertenezco a las Hermanas Franciscanas de Santa Felipa Mareri, una santa del tiempo de San Francisco y de Santa Clara. Desde el año 1200 fuimos clarisas por siete siglos, y ahora hemos sido llamadas a la vida de evangelización, sin perder nuestros orígenes contemplativos. En la vida religiosa hice los pasajes graduales que hacen todos los religiosos en el mundo: postulado, noviciado, primera profesión y profesión perpetua. Los estudios que realicé fueron los de Sagrada Teología, necesarios para tener



▶
El rapto en el serrallo de Mozart, con Héctor Sandoval, en el Taller de Ópera Enrique Jaso, 1990



Con el elenco de La Cenicienta en Bellas Artes



Reunión de los cantantes de su generación con Irma González y Plácido Domingo

una formación intelectual y religiosa para formar a las novicias y para trabajar en la pastoral juvenil y vocacional.

¿Te dejaron continuar como cantante lírica o te exigieron mucha humildad, cortándote las alas?

Dios nunca corta las alas a nadie y respeta siempre la libertad del hombre. El Evangelio invita a poner los talentos al servicio de la Iglesia y del mundo. Mi instituto religioso lo sabía bien, y nunca me prohibieron cantar; es más, mis hermanas mismas me organizaban conciertos de evangelización y de beneficencia para nuestra misión en Albania.

Claro, mi repertorio cambió un poco. La gente que va a un concierto debe estar al tanto de lo que ve y lo que oye. Una religiosa canta sobre todo Oratorio, porque no puede contradecir lo que los ojos del público ven. Aunque en algunos conciertos menos oficiales agregaba algún aria de ópera, pues me divierte y gozo mucho con el bel canto.

La humildad es siempre necesaria para quien canta, para quien tiene éxito en la vida y en la carrera; la humildad se necesita en la Iglesia, para quien comanda, sabiendo que es sólo un servicio. El hombre para ser feliz y pleno tiene que caminar por la vía de la humildad siempre.

Ya ha pasado mucho tiempo de tu vida artística, pero sigues cantando música sacra en público, vestida de religiosa. Ahora, quizás te dedicas al oratorio, campo excelente que requiere la misma técnica que la ópera. Consideras el *Requiem* de Verdi como oratorio y lo has cantado alguna vez?

El *Requiem* de Verdi me gusta muchísimo. Nunca lo canté como solista, y pienso que como contenido sí es un oratorio, aunque el estilo es de una gran ópera lírico-sinfónica.

Como te decía antes, canto oratorio, pero no me dedico a eso. Me dedico a ser religiosa, pues estoy segura que lo que Dios me pidió en su llamado fue hacer de mi vida un canto. Cuando conocí la Porciúncula vi un letrado que decía: "Aquí San Francisco vivió y murió cantando" y entonces me dije: "Esto es lo que quiero y ansío y lo que deseo imitar". Comprendí que mi vida podría ser como el ensayo del Gran Concierto que, en el cielo y sólo por

la misericordia de Dios, cantaremos eternamente delante de Su bendita Presencia.

¿Le has cantado al Papa?

Antes de ser monjita le canté al Papa San Juan Pablo II, en un momento de oración llamado *Vísperas*, en donde yo cantaba las antifonas, pero en esa época me encontraba muy lejos de la Iglesia; era cuando iniciaba mi carrera. En Asís canté coralmente para el Papa Benedicto XVI y en ese mismo año, exactamente el 4 de agosto, en la Basílica de Santa María de los Ángeles en Porciúncula, al Papa Francisco, cuando fue a visitar ese lugar santo, como lugar del Perdón y de la Misericordia.

¿Qué consejos le puedes dar a cantantes jóvenes que todavía no saben a qué dedicarse y quizás el oratorio sería un buen camino? Tu vida es un ejemplo maravilloso de los designios del Señor.

Tú dices que mi vida es un ejemplo de los designios divinos, pues yo te digo a ti, a los lectores y a todos los jóvenes, que cada vida es y puede ser un ejemplo maravilloso de los designios del Señor. Basta que estemos un poco más atentos, pues todos los bienes que tenemos, todo Bien, es regalo de Dios y estamos todos llamados a agradecer por cada momento y cada cosa bella que tenemos, como la vida, la salud y el canto.

Yo a los jóvenes les diría que se esfuercen siempre por realizar sus sueños y anhelos. Que se esmeren, pues Dios bendice nuestros esfuerzos, y que no permitan a nadie crear obstáculos a lo que ellos creen. Y les invito a ser siempre humildes y que canten lo que les gusta más y que agradezcan en cada instante a Dios por sus dones. Les invito a nunca esconder sus talentos debajo de la alfombra, sino a ponerlos a disposición del bien de la humanidad, pues su belleza y la belleza del arte salvarán al mundo. ●